Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Buscando el Espíritu de la Primavera

El frío del Invierno había pasado.



La Primavera estaba llegando a la aldea de Nkanyezi. Pronto los aldeanos se reunirían a celebrar la nueva estación. Nkanyezi esperaba el festival de Primavera más que cualquier otro día del año.

Una cálida mañana, Nkanyezi escuchó a dos ancianos de la aldea hablando de la fiesta.



—La gente de Ndlovu ha perdido su espíritu festivo —suspiraba uno de ellos.

—¿Cómo podemos celebrar una fiesta de primavera en un pueblo que ha olvidado cómo celebrar? —preguntaba otro.



Nkanyezi estaba preocupada.

—¿Cómo volverá a brillar el sol si no cantamos para despertarlo de su letargo invernal? —se preguntaba—. Debo encontrar lo que hemos perdido. Debo ir en busca de cosas que devuelvan el espíritu festivo a mi aldea.



Los ancianos dieron a Nkanyezi su bendición para el viaje. Le dieron una bolsa para llevar las cosas que encontraría.

Nkanyezi tenía miedo, pero creía que podía conseguirlo.



Nkanyezi caminó todo el día. Subió una colina y bajó a un valle. Navegó por el gran río y trepó entre rocas afiladas. Marchó por las llanuras hasta llegar a la sombra de las montañas rojas.

Cuando la noche se acercaba, Nkanyezi llegó a una aldea de motivos y colores como nunca antes había visto. Contó a los ancianos su viaje para devolver a su pueblo el espíritu festivo.

La madre de la tribu le hizo un regalo a Nkanyezi.

Dijo a la niña:

—Con amor, te damos esta pintura para devolver el color a un pueblo que se ha apagado.



Nkanyezi dio las gracias a los ancianos y guardó la pintura en su bolsa.

A la mañana siguiente, temprano, retomó su camino, entusiasmada con este regalo de color.

Nkanyezi caminó todo el día por un inmenso bosque de árboles gigantes. Cuando el cielo se volvió demasiado oscuro para ver, oyó el sonido de los tambores. Corrió hacia los tambores, sintiendo que el espíritu de la danza llegaba a sus pies cansados.



Nkanyezi se encontró en la aldea de los Bhubezi. La gente estaba sentada alrededor de una hoguera, tocando tambores y cantando. Nunca antes había oído una música tan maravillosa.



Nkanyezi contó a los ancianos su viaje para devolver el espíritu festivo a su pueblo. Los Bhubezi la invitaron a descansar y pasar la noche.

Por la mañana, el jefe llamó a Nkanyezi.



—Hija mía —le dijo—, aquí tienes un tambor especial. Toca una canción nueva cada vez que lo golpeas.

Nkanyezi dio las gracias a los ancianos y guardó el tambor en su bolsa. Siguió su camino, encantada con este regalo de música y danza.

Al tercer día de viaje, al pasar junto a un campo de vacas gordas, sintió un cosquilleo en la nariz, un aroma le hizo cosquillas en las papilas gustativas y se le hizo la boca agua. Siguió el rastro y llegó a una aldea donde la gente estaba de pie junto a ollas humeantes.



Esta tribu era famosa por sus festines, y Nkanyezi nunca antes había probado tales sabores. Después de saciarse, contó a los ancianos su viaje para devolver a su pueblo el espíritu festivo.

Al día siguiente, el consejo de cocineros le dio una mezcla secreta de especias.

—Hija —le dijeron—, ¡con estas especias, los estómagos felices están garantizados! Te regalamos la buena comida.



Nkanyezi dio las gracias a los ancianos y guardó las especias en su bolsa.

Sabía que tenía todo lo que necesitaba. Con nuevas energías, emprendió el largo viaje de regreso a la aldea de Ndlovu.

Cuando llegó a casa, los aldeanos se reunieron a su alrededor para escuchar sus aventuras. Les contó lo que había visto, oído y comido. Luego abrió su bolsa para compartir los regalos que le habían dado. La gente se alegró de recibir esos tesoros.

Gracias a la generosidad de los demás y a la valentía de Nkanyezi, los aldeanos volvieron a encontrar el color, el canto y la danza en sus vidas. Y así, el espíritu de celebración volvió a la aldea de Ndlovu.

